

la muerte". En verdad fue una evocación de la guerra que acababa de pasar. "El —escribe la esposa— hacía vivir ante nuestros ojos toda una humanidad sufriente y golpeada por el horror. Sus gestos tenían una dimensión épica. Como un mago, nos daba la ilusión de flotar sobre una multitud de cadáveres. El público, horrorizado, parecía estupefacto, extrañamente fascinado. Vaslav era como una de esas criaturas irresistibles e indomables, como un tigre escapado de la jungla, pronto a exterminarnos de un instante a otro".

Nijinski murió en Londres. Su grandeza como bailarín la mostró en los teatros del mundo. Su desgarramiento, en una soledad de frenocmios que duró más de treinta años. En el abismo y el silencio fue hermano de Hölderlin y Schumann, de Nerval y Van Gogh. Receptores de una luz tan intensa que los habitó con ple-

nitud, para luego dejarlos pasmados, extraviados en salas llenas de vigilantes y enfermeros. Un Ícaro tocado por el rayo en pleno vuelo. El Ícaro de Matisse, tal vez, podría ser una manera aproximada de entender la caída de Nijinski. Pero lo de este es un largo dolor. Y lo del pintor, un inolvidable dibujo.

París, febrero de 2001.

Pablo Montoya es ensayista, narrador y poeta. Conferencista y profesor, está vinculado a la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia. Ha publicado, entre otros, los libros: *Música de pájaros* (del cual extraemos el presente ensayo), *Trazos*, *Cuaderno de París*, *Lejos de Roma*, *Programa de mano*, *Tríptico de la infamia* (Premio Rómulo Gallegos 2015) y *La escuela de música*.

Andrei Tarkovsky: un cineasta entre Rusia y el exilio

Juan David Suárez Ceballos

Andrei Tarkovsky es considerado por muchos como el cineasta más grande de todos los tiempos, reconocimiento corroborado no solo por los galardones que recibió en los más prestigiosos festivales de Europa, sino por el mismísimo Ingmar Bergman: "Tarkovsky, para mí es el mejor (director), el que inventó un nuevo lenguaje, fiel a la naturaleza del cine, ya que captura la vida como un reflejo, la vida como un sueño".¹ Una filmografía compuesta solo por siete películas (consideradas casi en su totalidad auténticas obras maestras) lo catapultaron al Olimpo del séptimo arte.

Andrei Arsenyevich Tarkovsky nace el 4 de abril de 1932 en Zavrazhye, distrito de Yurye-

vetsky, República Socialista Federativa Soviética de Rusia, Unión Soviética, y fallece el 29 de diciembre de 1986 en París, Francia, a la edad de 54 años. Hijo de Arseney Tarkovsky y de María Ivanova Vishnyakova. *El violín y la aplaudadora* (1961) fue, no solo su tesis de grado, sino su cortometraje más laureado.

Cine bajo el régimen

Tarkovsky fue de los pocos realizadores que logró evadir por años la censura que imponía el régimen soviético a todo aquel que cuestionara los procedimientos de este sistema político e ideológico, puesto que su obra "se conside-

raba, por lo general, como un cine de minorías, en ocasiones hermético y difícil de entender”.² Sus películas, muy rápidamente trascenderían las fronteras de la URSS convirtiéndose en significativos acontecimientos a nivel internacional y, décadas más tarde, pasarían a ser referencias obligadas de la historia del cine.

Su primer largometraje, *La infancia de Iván* (1962), nos ubica en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, a través del cual vemos a un niño de 12 años de edad viviendo forzosamente los vejámenes de la confrontación bélica. Iván es un personaje hermoso y compasivamente retratado por el director ruso: lo inviste de rebeldía, tristeza, rabia y deseos de venganza, sin que por ello llegue a convertirlo en un ser monstruoso o perverso. La niñez atrofiada por los conflictos (armados o de otra índole) creados por los adultos es lo que Tarkovsky nos quiere, en últimas, compartir en esta maravillosa pieza.

Humanidad, sutileza en la búsqueda de lo metafísico, de lo religioso, la sensibilidad a la hora de plasmar el arte y la cultura de su pueblo es lo que nos regaló con *Andrei Rublev* (1966), sensible y contemplativa sinfonía audiovisual de época, a través de la cual caminamos junto a su protagonista (el renombrado monje de origen ruso, pintor de iconografía religiosa, al cual hace alusión el título de la cinta), como testigos de un tiempo en los cuales los grandes templos católico-ortodoxos —en su apogeo— y las batallas tribales contribuyeron a construir y consolidar el imperio ruso. La pasión por la pintura lo mueve a transformar no solo su entorno sino el alma propia.

El esplendor de un autor

En la década del 70 (s. xx), Andrei Tarkovsky desata todo su ímpetu creativo con filmes tan relevantes como *Solaris* (1972), *El espejo* (1975) y *Stalker* (1979). Misterio, thriller, conspira-

ción, ciencia ficción, mitología, trastornos y obsesiones, sueños y recuerdos, lugares imaginarios, el agua como sustancia vital y símbolo, entre otros, conforman la estructura de aquellos frescos audiovisuales.

La naturaleza tiene suprema importancia en su obra: paisajes de diversos tipos —según se requiriera— coloridos, soleados, nublados y fríos, pero magníficos desde el ojo del autor, así lo demuestran, así como el hecho de que imprimía en sus guiones los poemas escritos por su padre, Arseney (uno de los mejores poetas que ha tenido Rusia en su larga historia).

El cine de Andrei nos envuelve en la compleja mística del tiempo: el de la duración real del film, el representado a través de este, el que nosotros —tanto en rol de espectadores como en nuestra cotidianidad— experimentamos; jugamos y convivimos permanentemente con él: todo lo que nos circunda está determinado por él y Tarkovsky, en su calidad de narrador innato, así lo transmite en la pantalla. Sí, el tiempo... tan efímero, relativo y etéreo, pero tan importante a la vez, que pareciera suspendido en nuestra mente, al ritmo mismo de la imagen en movimiento: el director utiliza la cámara como ese pincel con el que es capaz de componer los lienzos más impresionantes, como un cincel con el que esculpe las esculturas más detalladas, contrastantes y deslumbrantes, y los encuadres (con constantes planos generales y planos secuencia) más recordados de su compleja, pero entrañable, cinematografía.

Las películas de Tarkovsky son un homenaje a la vida con todos los ives y venires que ella implica. Están construidas para perdurar y para entender por qué estamos en este mundo, un lugar maravilloso y, paradójicamente agobiante, plagado de seres tan disímiles en sus gustos y procederes, aunque con las mismas preguntas que siempre nos fabricamos en la mente: ¿Cómo encontrarle sentido a la existencia? ¿Por qué permite Dios tanto sufrimiento? ¿Es el amor o es la



Fuleco, mascota del Mundial de Brasil, 2014



Póster oficial del Mundial de Brasil, 2014

muerte la solución definitiva a los problemas que nos agobian o trastornan? ¿Quizá la locura sea el mejor de los escapes de la realidad en que vivimos? Además, era un crítico de todo; claro, sin haber caído nunca en lo panfletario.

La muerte, los estados oníricos (sueños), la religión, el arte, la vida, la esperanza, la locura, los recuerdos, el desasosiego, la soledad, la guerra, la memoria, la familia, las obsesiones, la pérdida, el miedo (a lo desconocido, al futuro, al otro, en fin), son elementos que se encuentran insertos o que rodean la condición humana y, a la par, universalizan su cine.

Adiós a la patria

Al verse obligado al exilio de la antigua URSS por motivo de la persecución estatal a la que es sometido junto con algunos de sus colegas, el maestro emigra a Estados Unidos (donde pediría asilo político), una tierra que percibía como la gran oportunidad de trabajar con plena libertad creativa, carente del régimen opresor del cual provenía. No obstante, si bien logró hacer en su patria el cine que quiso, los agentes de control y censura estaban al acecho para eliminar cualquier atisbo de ingenio (manifestaciones artísticas, en especial en las obras cinematográficas). Quien omitiera estas órdenes era perseguido, vetado y, peor aún, encarcelado.

De Norteamérica viaja a Italia para rodar *Nostalgia* (1983), quizá como una expresión del dolor y la remembranza que sentía brotar por su amada Rusia. Posteriormente realiza, con la colaboración y producción del Instituto Sueco del Cine, la película *El sacrificio* (1986), considerada un testamento de su vida y un manifiesto del séptimo arte. Culmina con esta película una carrera dedicada al oficio, dejándonos a los amantes del mismo un legado imposible de igualar y, muy posiblemente, de superar.

Referencia

- 1 Citado en: <https://bampfa.org/program/andrei-tarkovsky-sculpting-time>
- 2 Citado en: https://elpais.com/diario/1984/07/12/cultura/458431204_850215.htm

Juan David Suárez Ceballos es sociólogo de la Universidad de Antioquia e investigador cinematográfico. Ha publicado textos para la *Agenda Cultural* y para la revista de cine *Candilejas* (Universidad del Tolima). Actualmente coordina el cine club de la corporación artística La Polilla en la ciudad de Medellín. Escribió este artículo para la *Agenda Cultural Alma Máter*.